

sultán con los horrores de su ciudad tomada por asalto, no viendo mas que sus hogares y sus templos inundados de sangre, sus hijas y esposas abandonadas á la brutalidad de los infieles, gritaron unánimemente, que si el gran maestre no capitulaba, harían su tratado á parte. Forzado á juntar consejo, como opusiese todavía á la pluralidad de votos la justa desconfianza que decia tener en la fé de los turcos, le entregaron una carta de Soliman, que ofrecia por última vez condiciones honrosas, y en caso de no aceptarlas amenazaba con los mas horribles extremos. Las condiciones fueron admitidas y ejecutadas de buena fé. Reducianse en sustancia á que las iglesias no serian profanadas ni robadas: que los cristianos, fuesen latinos ó griegos, conservarían el libre ejercicio de su Religion: que no se les impondría el tributo de sus hijos para la recluta de los genizaros: que los habitantes serian exentos de impuestos y de toda carga durante cinco años: que por espacio de tres tendrían la libertad de retirarse y de llevar consigo todos sus bienes: que el gran señor suministraría á los caballeros y oficiales de la órden los buques suficientes para trasportarlos con buena escolta á la isla de Candia; que tendrían doce dias despues de firmado el tratado para embarcar las reliquias de los Santos, los vasos y los ornamentos sagrados, sus propios efectos, muebles, títulos y todos los cañones que acostumbraban emplear en el armamento de sus galeras. Se veló tan fielmente en la ejecucion de estos artículos, que habiéndose tumultuado algunos genizaros y comenzado á saquear, el general Achmet hizo decir al agá que su cabeza respondería por su tropa; y el desorden cesó inmediatamente (1).

Este general manifestó tambien á l'Ile-Adam que el gran señor se complacería

(1) Jac. de Bourb. *Hist. de Rhod.* p. 681.

en verle. El gran maestre se dirigió el dia siguiente á la tienda de Soliman, donde despues de haberle revestido de una ropa suntuosa, como igualmente á los caballeros que le acompañaban, le introdujeron á la audiencia. Soliman le colmó de honores y le dijo para consolarle que la pérdida ó la conquista de los imperios no eran mas que juegos de la fortuna, é intentó con magníficas promesas apartarle de las potencias cristianas que le habian abandonado tan vilmente, y aficionarle á un príncipe mas justo apreciador del valor y de la grandeza de alma. l'Ile-Adam, despues de haberle dado gracias, dijo que si la fortuna era árbitra de la victoria, lejos de acusarla de caprichosa, debía serle muy grato el que la hubiese concedido á un príncipe que él tenia á mayor honra que vergüenza el que fuese su vencedor; y en cuanto á su servicio, protestó que no podia comprometerse á él sin ser traidor á la Religion cristiana, lo que seria una vileza que le acarrearía su propio desprecio. Confesion noble y tan digna de la estimacion del mismo sultán, que le dió inmediatamente su mano á besar. Dos dias despues, haciendo Soliman su entrada en la plaza conquistada, volvió la visita al gran maestre, que aun estaba alojado en su palacio, le honró hasta llamarle su padre, le exhortó tiernamente á no ceder á la tristeza y á usar de su gran valor para despreciar los caprichos de la fortuna (1). Añaden que entró en el palacio sin guardias, y con un solo camarero, diciendo que tenia la mejor de todas las escoltas en la fé y magnanimidad de aquel ilustre desgraciado. Cuando volvió á verse con Achmet, añadió: «me causa dolor tener que hacer salir de su casa á este venerable anciano.» Asi perdieron la isla de Rodas los caballeros de San Juan de Jerusalem en los últimos dias del año 1522. El

(1) Jac. de Bourb. *Hist. de Rhod.* p. 682.

principio del año siguiente no fué menos funesto á la Iglesia; la cual vió entonces establecerse de una manera legal ó civil una secta, á la verdad, mas reservada, pero en

el fondo mas impía, mucho mas artificiosa, y tan audaz y casi tan fecunda como el luteranismo, del cual tenia su origen.

LIBRO QUINCUGÉSIMO-NONO.

Desde el establecimiento de la heregia de Zuinglio en el año 1523, hasta el cisma de Inglaterra en el de 1531.

El establecimiento de la secta de los sacramentarios, la produccion todavía mas monstruosa de la de los anabaptistas, el luteranismo colocado sobre los tronos de Suecia y de Dinamarca, de donde desterró la fé católica, las heregias del norte presentándose á cara descubierta en medio de la Francia, tales son los escándalos que, en el discurso de un año solamente, fueron el espanto del mundo cristiano. En 29 de enero de este año de 1523, Zuinglio, mas moderado que Lutero, habiendo adquirido por sus insinuaciones artificiosas todo el crédito necesario á sus intentos, hizo juntar el senado de Zurich, para deliberar sobre las disputas de religion que agitaban todas las naciones germánicas, y para juzgar soberanamente en favor de la doctrina que se hallase mas conforme á la palabra de Dios. A esta novedad, no pudiendo casi persuadirse el obispo de Constanza de lo que le decian de aquella ciudad de su diócesis, envió á ella á Juan Fabro, su vicario general, para impedir que pasase mas adelante, y representase que era una cosa inaudita que

una asamblea de legos se arrogase la autoridad de los concilios para decidir en materias de fé; pero la seduccion habia prevalecido ya en la mayor parte, y así respondieron que teniendo mas interés que otro alguno en su salud eterna, tenían igualmente mas derecho á la investigacion de la verdad. Por lo cual se prosiguió á la deliberacion, y fué establecido en presencia del mismo vicario general que la doctrina de Zuinglio seria recibida en todo el canton de Zurich, prohibiéndose á todo predicador y pastor enseñar otra alguna, ni acusar de heregia á Zuinglio y sus secuaces (1).

Esta doctrina estaba comprendida en sesenta y siete proposiciones, cuya sustancia es la siguiente: «El Evangelio es la única regla de nuestra fé, y todas las tradiciones deben ser desechadas. Jesucristo es la única Cabeza de la Iglesia, y esta no es otra cosa que la comunión de los Santos ó la congregacion de los escogidos. La potestad del Papa y de los obispos no está

(1) Sleid. *Comment.* l. 3, sub fin.

fundada en la Escritura, y solo proviene de su orgullo. No hay otros obispos, ni otros clérigos que los que anuncian la palabra de Dios. Solo Dios puede perdonar los pecados, por consiguiente la confesion no es mas que una simple consulta. Las obras satisfactorias son de mera tradicion humana. El Purgatorio no existe, ó á lo menos no está probado por la Escritura. No es necesario otro intercesor que Jesucristo. Se puede comer en todo tiempo toda especie de viandas. El matrimonio es permitido á los clérigos y religiosos, lo mismo que á los demas hombres. El hábito monástico no es mas que un velo de hipocresía. No hay mas que un sacrificio, que es el de la cruz: y la misa es una simple conmemoracion suya. » Hasta aqui la doctrina de Zuinglio se conciliaba fácilmente con la de Lutero; pero tres años despues, cansado aquel de oirse llamar luterano, y ansioso de hacer el papel de gefe de partido, combatió á un mismo tiempo la presencia real que retenia Lutero, y el modo insensato con que la desechaba Carlostadio, sosteniendo que Jesucristo por estas palabras: *este es mi cuerpo*, se designaba simplemente á sus discípulos; lo cual no habria significado en la boca de la Sabiduría eterna mas que este absurdo apenas comprensible en la mente humana: «mi cuerpo es mi cuerpo.» Zuinglio pretendia por el contrario, primero con Oecolampadio, y despues con Bucero y Capiton, predicantes de Strasburgo, que en estas palabras: *este es mi cuerpo*, la palabra *es*, hace veces de la palabra *significa*; de suerte que el sentido de esta frase: *este es mi cuerpo*, no se distingue del sentido de esta otra: *esto figura ó significa mi cuerpo*; *esto es la señal ó la figura de mi cuerpo*. Segun esta explicacion no quedaba en la Eucaristía milagro ni misterio, y todo era inteligible y muy comun. La fraccion del pan representaba el Cuerpo inmoldado, y la sumcion del vino la Sangre derramada. Lo único

que alli habia espiritual era la fé, la cual bajo de estas señales visibles obraba interiormente en las almas (1).

Como Lutero tenia sus demonios familiares por guias, Zuinglio pretendió tener por maestros los espectros y fantasmas. Uno de ellos, negro ó blanco, pues él mismo dice que ignoraba su color (2), le suministró la prueba del sentido figurado. Un dia en que se hallaba muy perplejo para sostener esta invencion, se le apareció de repente el espectro de color ambiguo, y le dijo: «ignorante, ¿por qué no dís por ejemplo aquello del Éxodo: *el Cordero es la Pascua*? Sea lo que fuere de la vision, la prueba que en ella pretendia ver Zuinglio era manifiestamente una ilusion de un visionario. Estas palabras *el Cordero es la Pascua*, están tan lejos de significar que el Cordero sea la figura de la Pascua ó del tránsito, que la Escritura, supliendo mas abajo la palabra sobreentendida en este género de hebraismo muy familiar á los escritores sagrados, dice con toda espresion, que *el Cordero es la victima del pasaje*. Por lo demás, ni aun los sectarios quedaron mas satisfechos que los católicos de estas figuras y de estas explicaciones, y así es que produjeron la disension y encendieron la discordia en la nueva reforma.

Del seno de este mónstruo fecundo salian cada dia producciones todavia mas monstruosas. Dos de los principales discípulos de Lutero, Tomás Múncero y Nicolás Storck abandonaron á su maestro por los mismos principios y bajo los mismos pretextos con que él se habia separado del cuerpo de la Iglesia. Estos no hallaban su doctrina bastante perfecta; y como no admitia por guia mas que la Escritura santa interpretada á su antojo, pretendian no de-

(1) Zuingl. *subsid. de Euch.* p. 249.

(2) Zuingl. *ib. Hosp. part.* 10, p. 25 et 26.

ber con lucirse por otras luces que las que recibiesen del Padre celestial en la oracion. Con esta máxima de conducta es fácil presumir los excesos á que se precipitaria su fanatismo. Por medio de un exterior devoto y mortificado, de una barba larga, de una taciturnidad melancólica, de una ropa de lana grosera y de un desaliño repugnante, inspiraban un sumo desprecio á todas las leyes, así políticas como eclesiásticas, una aversion declarada á los magistrados, á la nobleza, á todas las potestades y á todo género de superioridad. Querian que todos los bienes fuesen comunes, todos los hombres libres é independientes, y prometian un imperio donde reinarian solos en una felicidad perfecta, despues de haber exterminado á todos los impíos, es decir, á todos aquellos que no hubieran abrazado su piedad homicida. Por lo que hace á los sacramentos y á todo culto exterior de Religion, los despreciaban enteramente, condenaban sobre todo el bautismo recibido en la infancia, y rebautizaban á cuantos entraban en su sociedad, de donde les vino el nombre de anabaptistas ó rebautizantes (1).

Esta secta comenzó en la misma ciudad de Witemberg, y Lutero no dejó de clamar contra ella con toda la altivez de su feroz orgullo y con la violencia de un sectario perseguidor, único medio de defensa que efectivamente le quedaba. Primero recurrió á los buenos principios que nunca pudo olvidar enteramente, y á los cuales la fuerza de la verdad le conducia con frecuencia á pesar suyo. Habia establecido por máxima que no se debía admitir al exámen del fondo de la doctrina á los doctores de novedades, ni recibirles las pruebas que alegasen de la Escritura en apoyo de la verdad de sus opi-

niones, y que solo se debía preguntarles de quién habian recibido el encargo de enseñar. «Si responden, prosigue (1), que de Dios, que lo prueben con milagros manifiestos; pues por este medio se declara Dios cuando quiere mudar alguna cosa en la forma de la mision.» ¡Insensato! no advertia ó no queria advertir que se condenaba á sí mismo con sus mismos principios! Sin embargo, persiguió á mas no poder á los cómplices de su usurpacion, al mismo tiempo que incitaba á perseguir á los defensores legítimos y mas moderados de una posesion cuya justicia él confesaba. Poco satisfecho con haber hecho desterrar á Storck y Muncero, escitó á los principes á esterminar con las armas á todos los secuaces de aquellos perturbadores, á no usar de misericordia con ninguno de ellos y á no perdonar ni aun á los que el torrente de la multitud hubiese arrastrado á algun tumulto pasajero (2). De aqui provino á lo menos en parte la guerra de los anabaptistas, la cual, bajo el nombre de guerra de los campesinos, costó tanta sangre á la Alemania.

Muncero, arrojado de Sajonia con Storck (de quien no se hace mencion alguna despues de esto), recorrió la Alemania, llegó hasta la Suiza, distribuyó en todos los cantones sus mas atrevidos discípulos, y propagó en todas partes el espíritu de fanatismo y de rebelion. Exhortaba á arrojar á los frailes, á apoderarse de los monasterios y abadías, y á no sufrir por mas tiempo las injusticias de los magistrados, ni las opresiones de los soberanos; es decir, el ejercicio de ninguna potestad. Con pretesto del principio de la comunión de bienes y de la igualdad de las condiciones sin dependencia alguna, se hacia escuchar de los pueblos como un oráculo. En Mulhausen de Thu-

(1) *Hist. Anabapt. l.* 1; *Sleid. l.* 4 et 5; *Chytr. Sax. l.* 2.

(1) *Sleid. l.* 5, p. 69.

(2) *Ibid. p.* 76.

ringia, donde estableció principalmente su residencia, hizo deponer por el pueblo á los magistrados que no le eran favorables, y quedó casi por único dueño del gobierno. En todo cuanto predicaba se decía inspirado por el arcángel San Miguel. Pero ¿qué predicaba, y qué escribía por todas partes? Que estaba destinado á fundar con la espada de Gedeon un nuevo imperio á Jesucristo, que Dios no quería que su pueblo gimiese bajo la tiranía de los magistrados y príncipes, que había llegado el tiempo en que el Dios muy grande y muy santo le había mandado exterminar todos estos mónstruos para establecer en su lugar el reino de la probidad y de la virtud. Al año siguiente se vieron los frutos de esta enseñanza y de otras semillas de rebelion que había esparcido por medio de sus discípulos en todos los Estados germánicos.

Los campesinos de Suavia fueron los primeros que se sublevaron en favor de lo que llamaban con Lutero libertad cristiana. Sus vecinos siguieron su ejemplo, y este se propagó tan rápidamente de país en país y de pueblo en pueblo, que infestó en el mismo año el canton de Zurich en el centro de la Suiza, donde faltó poco para que esta violenta secta se estableciese sobre las ruinas de la reforma, que tan solemnemente habían allí adoptado. Despues de muchos desastres fueron, en fin, reprimidos, á lo menos por algun tiempo; mas en todos los círculos del imperio, el mal creció de tal manera, que aquellos fanáticos formaron en breve tiempo un ejército de cuarenta mil hombres. Unos se proponían establecer el nuevo reino de Jesucristo con que los lisongeaba Muncero; otros, escapados de las prisiones y del suplicio, no llevaban otro objeto que continuar impunemente la vida criminal que les había merecido el castigo: todos querían ser libres de impuestos, de cargas, de leyes y de toda sumision. Pfeiffer, fraile

apóstata del orden de premonstratenses, les decía que Dios le había especialmente revelado que esterminasen la nobleza. Servía de teniente á Muncero, el cual iba al frente de la tropa, bajo el título de criado del supremo Señor contra los impíos: les aseguraba que ninguno de ellos sería herido, y que él tampoco lo sería, aunque recibiría solo en sus mangas todas las balas de la mosquearía.

Dividieron su ejército en tres cuerpos, hicieron audazmente la campaña y se apoderaron de ciudades importantes, como de Wurtzburgo y Wimberg, en la Franconia, y allí pasaron á cuchillo á todos los nobles, sin respetar al conde Luis de Helfstein, en cuyo cuerpo ensangrentaron bárbaramente sus picas. Avanzaron hácia Constanza, en Suiza, pasaron el Rhin, y atravesaron la Alsacia, señalando todos sus pasos con los horrores de la desolacion. Lo mismo iban á hacer en las provincias confinantes de Francia, cuando el duque de Lorena y el conde de Guisa, su hermano, que mandaba en la Champaña, salieron á su encuentro con seis mil hombres. Aunque ellos eran mas de treinta mil, parecieron las dos terceras partes, ya á los filos de la espada, ó ya quemados en las casas donde el miedo y la indisciplinación los habían dispersado. Lo mismo hicieron con ellos en Alemania varios príncipes del imperio. En fin, fueron disipados en la batalla de Franckenhause, en Turingia, despues de la cual Muncero, su caudillo, y el apóstata Pfeiffer, hechos prisioneros, junto con los principales fautores de la rebelion, expiaron en un cadalso sus crímenes y los desórdenes de que eran autores (1525). La secta, sin embargo, no fué estinguida con la rebelion, sino solo desterrada de las provincias del alto Rhin, de donde refluyó hácia la baja Alemania, particularmente por la Westfalia, por la Holanda y países vecinos.

En las estremidades del Norte se colocó la heregía en los tronos de Suecia y Dinamarca, durante el curso fatal de este mismo año de 1525. Christerno II se había atraído el odio, así de los daneses, sus vasallos, como de los suecos, sus enemigos, por la mortandad horrible del senado de Stokolmo. Esta crueldad, añadida á una larga série de tiranías poco menos execrables, incitaron por último al pueblo y á los grandes á sublevarse contra este príncipe, uno de los mas perversos que han ceñido la corona, y á conferirla á su tío Federico I, duque de Holstein. Como Federico profesaba el luteranismo, dejó al principio á sus vasallos la libertad de mudar de religion, y á los predicadores luteranos, de que hervía la Alemania, la de predicar su doctrina: además publicó sobre este objeto un edicto en forma, con pretexto de no atormentar las conciencias y de prevenir las disensiones. Cuando hubo adquirido el renombre de pacífico, y creyó su autoridad bastantemente asegurada, obligó á todos sus vasallos á abrazar la nueva reforma (1).

Un falso pacificador hizo apostatar la Dinamarca; y la Suecia fué pervertida por Gustavo, primero de este nombre, que era mirado como libertador de su patria y honor de su familia, en la cual hizo hereditario el trono. Los que siempre hablan con entusiasmo de los hombres de revolucion, y especialmente de los que han afligido á la Religion católica, ensalzan á este príncipe y nos le presentan como un héroe (2). Gustavo, criado desde su infancia en el tumulto de las armas y en las disensiones del Estado, no tenía en materia de Religion mas que aquel grado de conocimiento para el que toda doctrina parece indiferente. Por

(1) *Chytr. Sax. l. 10.*

(2) *Ib. l. 1. et seq.; J. Magn. Florim. de Raymond; Raynald. an. 1523.*

otra parte, los Papas, aunque siempre afectados al reino de Suecia, pero justamente descontentos desde que en él cesó de pagarse el dinero de San Pedro, impuesto en otro tiempo por el rey Olao, se mostraban mucho mas favorables á los reyes de Dinamarca que aspiraban siempre á la soberanía de la Escandinavia. Finalmente, y además de esto, el legado Arcemboldi, había dejado entrever una verdadera parcialidad en favor de Christerno. El mismo clero de Suecia estaba inclinado al yugo de los dinamarqueses y su primado era comunmente virey por el rey de Dinamarca. En estas circunstancias las limosnas recogidas en Suecia para San Pedro de Roma, con los mismos abusos que en Alemania, suministraron iguales armas á los emisarios numerosos que la reforma germánica extendía hasta debajo del polo. Preténdese que Arcemboldi, sin saberlo el Papa, arrendó el producto de las indulgencias y le había anticipado á la cámara apostólica: que luego subarrendó su derecho á predicadores y cuestores subalternos, sin cuidarse de otra cosa que del mérito de sus ofertas y de la seguridad de su cobro, y que traficaba también con el permiso de comer carnes en los dias prohibidos. Añaden que adquirió por estos medios un millon de florines, tanto en Suecia como en Dinamarca, donde tuvo sin embargo el pesar de ser despojada de aquella cantidad por el mismo Christerno. Verosímilmente hay mucha exageracion en estas noticias; pero es también probable que desgraciadamente hubiese demasiada materia de escándalo.

El corazón de los suecos se exasperó contra el mismo Papa con motivo de las turbulencias ocurridas en la iglesia de Upsal. Su arzobispo Gustavo Trollse había negado á prestar juramento á Stenon, y este administrador le sitió en su castillo de Steke, el cual fué demolido como el principal instru-